

“¿Qué es la Belleza?”

La pregunta acerca de qué es la Belleza ha acarreado grandes quebraderos de cabeza a quienes han intentado responderla. Su complejidad radica en la dificultad de combinar el carácter subjetivo de la misma y el intento de referirla a una cualidad objetiva de la realidad.

Sin embargo sí que podemos afirmar que en una experiencia estética el objeto percibido por el sujeto provoca en este un sentimiento placentero que normalmente lo asociamos con la belleza. Establecer qué elementos y mecanismos determinan que ese objeto, sea natural o artístico, produzca dicha sensación en el sujeto es el objetivo de la estética filosófica.

La historia de la filosofía, en el estudio de la estética, nos ofrece diversas teorías o concepciones sobre la belleza y lo bello. Ante todas ellas me dispongo a adoptar una actitud un tanto ecléctica, pues veo como la más acertada una postura conciliadora entre el inmanentismo griego y el relativismo moderno; esto es, considerar que existen determinadas concepciones y mecanismos a priori en la mente humana que hacen que identifiquemos ciertas cualidades de los cuerpos con la belleza, aunque sin desligarlo del punto de vista del sujeto que percibe y las posibles influencias que puede recibir de su entorno, y que sin duda modificaran estas concepciones preexistentes o puras.

En primer lugar decir que los pitagóricos fueron los primeros en referir la belleza a una cualidad de los cuerpos. Para ellos el cosmos es bello porque recrea una ley perfecta y matemática, y esa ley se refleja en el mundo como belleza. ¿Es esta ley el mecanismo a priori que buscamos? Así, de sus planteamientos podemos suponer que la medida y la proporción matemática son cualidades inmanentes que determinan la belleza de un ser; de esta idea es de donde surgen los cánones de belleza del arte griego: características o proporciones que hacen que un objeto se considere bello.

Esta concepción griega de la belleza formal podemos verla reflejada en la arquitectura y escultura clásicas. La búsqueda de la proporción aurea en las plantas y fachadas de los templos, las formas geométricas y lineales; asimismo en la escultura existen artistas como Policeto, que estudia la proporción del cuerpo humano en su tratado *Canon*, dando medidas a todas las partes del cuerpo.

En muchos casos estos cánones del clasicismo son aceptados en la actualidad como modelos de belleza y perfección formal, por lo que de algún modo se afirma que existen determinadas características, en su mayoría matemáticas, que permiten identificar la belleza en un objeto.

Ahora bien, no está planteado en los términos correctos, pues aunque bien es cierto que de alguna manera percibimos la proporción espacial y la armonía matemáticas como elementos definitorios de la belleza; no se debe a que dichas características inmanentes al objeto provoquen el efecto de placer en el sujeto; sino que, como sostiene Kant, en la sensibilidad humana existen una serie de intuiciones a priori que hacen que todo lo que percibimos lo referamos a dichas intuiciones: el espacio y el tiempo; o dicho de otra manera, la geometría y la aritmética.

Estas intuiciones puras de la sensibilidad son las que organizan y estructuran todos los datos provenientes de la experiencia, por lo que todo lo percibimos a través del espacio y el tiempo; siendo la geometría la ciencia del espacio y la aritmética la ciencia del tiempo. Es así como, al conocer, todo lo referimos a elementos matemáticos presentes en los mecanismos del conocimiento humano.

Es por esto que nuestra mente, al referir todas las intuiciones sensibles de la realidad a una base geométrica y matemática, percibe como bello aquello que desde el punto de vista geométrico y matemático es más armónico y estructurado; pues de manera natural e intuitiva tendemos a efectuar dicha relación.

Existen estudios que afirman con gran rigurosidad que percibimos los rostros de las personas más bellos cuanto más simétricas son sus facciones faciales y proporcionada es su anatomía, pues a todos los seres humanos nos atrae la armonía de las formas.

Es evidente que estamos hechos simétricamente, y la armonía entre los dos lados es lo que nos hace sin lugar a dudas reconocer simplemente algo como bello, hay simetría en el rostro, y en cada una de sus partes, en el cuello, en el tórax, abdomen y miembros.

Cuando vemos a una persona, lo primero que nuestro cerebro hace es clasificarla visualmente de acuerdo a sus armonías o desarmonías externas, pues está en nuestra manera de percibir. Esto ha sido probado con niños de pocos meses, que prefieren fotos de rostros simétricos a las de los que no lo son, siendo importante destacar enormemente que estos niños no han sido influenciados por modas, discursos, propaganda o

costumbres, por lo que no han sido “contaminados” por el bombardeo desmesurado que información y tendencias al que estamos sometidos el resto.

Sin embargo esta defensa de lo formalmente perfecto no deja de ser una actualización de la proporción recogida en los cánones clásicos; es por eso que creo que la belleza es un concepto en construcción; esto es, que a partir de unas concepciones y mecanismos mentales inherentes al ser humano en referencia a la percepción de lo bello, se va construyendo progresivamente un concepto de belleza subjetivando la percepción inicial o “pura”.

Aquí entra en juego la influencia de las modas, tendencias y corrientes que influyen sobre los mecanismos de la mente humana, llegando a depender la belleza del gusto del espectador que contempla el objeto. Un gusto que, al mismo tiempo, varía mucho de un sujeto a otro en función de su edad, cultura o formación. Es por esto que a esa belleza inicial le iríamos agregando elementos que la modifican, haciendo que aparezca todo un mundo de corrientes artísticas y estéticas, aunque seguimos percibiendo la realidad a través de las mismas intuiciones espaciales comunes.

Esta idea de desvanecimiento de la perfección formal inherente a la mente humana en favor del subjetivismo de las modas lo refleja Paul Valéry en su obra “Leonardo y los filósofos”: *“Las obras están cada vez más atravesadas por los modos más inestables e inmediatos de la vida psíquica y sensitiva. (...) Ya a penas se ven productos del deseo de perfección. Observemos de paso que este anticuado deseo tenía que desvanecerse ante la idea fija y la insaciable sed de originalidad. La ambición de perfeccionar se confunde con el proyecto de hacer una obra independiente de cualquier época. Así pues, en nuestros días, una definición de lo bello no puede ser considerada más que como documento histórico o filosófico”*.

Las influencias que Valéry define como “inestables e inmediatas de la vida psíquica y sensitiva” son las que provocan la deformación de la percepción preexistente en la mente humana y dan lugar a la diversificación de las corrientes estéticas que surgen hoy en día debido al aumento exponencial de las experiencias estéticas en los medios de comunicación (publicidad, televisión, Internet,...).

Hoy en día, las imágenes, los artículos y los estilos se crean y se dispersan por el mundo con mucha mayor rapidez que nunca, gracias al comercio internacional, a las nuevas tecnologías de la información y a los medios de comunicación internacional. De

alguna forma, todos estos factores han contribuido con éxito a que las modas tengan tal libertad de movimientos que se les permite cruzar fronteras con facilidad; esto provoca que las modas se unifiquen a escala global, ayudando a establecer una concepción de belleza similar y común a todos los individuos. Pues partiendo de los mecanismos inherentes al hombre, estos reciben la influencia de tendencias similares aun encontrándose en diferentes sociedades y culturas.

Es el caso del imperio de la moda textil, uno de los más potentes en todo el mundo. La magnitud e importancia de la estética en el diseño de moda textil es evidente en nuestra cultura y está totalmente arraigada a nuestra sociedad, influyéndonos consciente e inconscientemente.

Constantemente vemos como los diseños que se exhiben en las principales pasarelas de moda mundiales determinan una tendencia en la confección de ropa en todo el mundo, independientemente del lugar, sociedad o cultura en la que se desarrollen los individuos, y por encima de las percepciones espaciales de belleza que el ser humano posee desde que nace, como se demuestra en los bebés.

Finalmente, a modo de corolario, se puede afirmar que la concepción estética de los individuos tiene su origen en las intuiciones a priori del conocimiento humano que hacen que identifiquemos ciertas cualidades matemáticas de los cuerpos con la belleza; aunque sin olvidar que estas se ven modificadas convulsivamente debido a la vorágine de comunicación con otros individuos, cuyo resultado son unos cánones de belleza que cambian de forma vertiginosa, como consecuencia de las distintas corrientes y modas.

Seudónimo:

ALTER EGO